

en su calenturienta imaginación Jacobo Mosés suponía necesarios titánicos esfuerzos, cuando había sido lógica consecuencia de los acontecimientos, ayudados por la casualidad, comprendía que no podía esperar salvación ni clemencia.

Pedro Dantenac le dijo con la tranquilidad de la fuerza:

—No esperabas verme, ¿verdad? Pues aquí me tienes.

Y dirigiéndose al viejo Mosés:

—¡En París yo no era nadie, y usted lo dominaba todo! París le pertenecía. Había que resignarse á esperar. Aquí estamos en casa de los Dantenac. La casa es pobre; ¡pero cuánto siento haberla dejado! Y añadió, señalando á su tía:

—Esta es nuestra madre, ó la que ha hecho sus veces con nosotros. La hemos consultado. Encuentra que nuestra causa es justa y nuestro derecho legítimo.

Señaló al suboficial y al posadero:

—Estos son mis hermanos. Falta uno, Juan. Acaba usted de verle hace un momento. ¡Ha muerto! Los demás son parientes y amigos. La vida es una lucha; los fuertes aplastan á los débiles. Ustedes me lo han demostrado. Si ahora les toca ser los más débiles, tanto peor. En seguida vamos á juzgarlos.

Todo esto se tarda mucho en decir.

Sin embargo, pasó muy rápidamente.

El viaje había durado muy poco.

La escena de Marignac, algunos instantes.

La de la vieja casa de Caubous, debía ser también muy breve.

## XXVIII

### Sobre el Antenac.

Al oír que iban á juzgarlos, el viejo Mosés inclinó la cabeza.

Pero su hijo trató de recobrar su audacia.

—¿A juzgarnos?—dijo.—¿Con qué derecho?

Rabastoul respondió brutalmente:

—Con el que nosotros nos tomamos.

La anciana tía, sublevada, con los ojos llenos de cólera, gritó:

—¡Silencio, maldito!

Pedro Dantenac sacó una hoja de papel, y extendiéndola sobre una pobre mesa de pino, dijo:

—Esta es la sentencia.

—¿Ya está todo arreglado?—preguntó Jacobo Mosés tratando de sobreponerse á su espanto.

Pero todo su cuerpo temblaba.

Sus ojos agitándose dentro de las órbitas, sus labios exangües, sus dedos crispados como garras de pájaro herido que trata de sujetarse á la rama que le sostiene, su extremada palidez, todo indicaba en él el pavor horrible que le embargaba y la rabia frenética é impotente que se había apoderado de su espíritu.

El mayor de los Dantenac leyó:

«Nosotros, hermanos, parientes y amigos de Pedro y Juan Dantenac, reunidos en la casa de Caubous:

«Considerando que el barón Isaac Mosés y Jacobo Mosés, su hijo, han cometido, el primero el crimen de robar, violar, secuestrar y atormentar á la prometida de Juan Dantenac, Benedetta Soubére;

»Que á consecuencia de este crimen han muerto los citados Juan Dantenac y Benedetta Soubére;

»Que Jacobo Mosés ha tratado de asesinar á Pedro Dantenac en el domicilio de este último, y que no habiendo conseguido más que herirle, ha pagado á un agente de su servicio para rematar á su víctima;

»Que este agente ha ejecutado sus órdenes en el mismo día, atacando traidamente á Pedro Dantenac y arrojándole al Sena, después de creerle muerto, de cuyo atentado pudo salvarse por un milagro;

»Que las víctimas de los Mosés se ven reducidas á hacerse justicia por sí mismas, puesto que la fortuna mal adquirida de los culpables los protege contra la ley;

»Por estos motivos,

»Los condenan á muerte.»

—¿Es eso todo?—preguntó irónicamente Jacobo Mosés.

—Todo.

La voz cascada de la montañesa se dejó oír de nuevo;

—¡Silencio —gritó.—Y vosotros, andar de prisa.

Jacobo Mosés lanzó un grito de furor, sofocado en seguida:

—¡Mentís! — dijo; — esto es un crimen por el que os castigarán... ¡Sois unos cobardes, unos asesinos!

Pedro Dantenac se acercó á él y le dijo mirándole fijamente:

—¡Bien sabes que no!

El viejo Mosés ni siquiera trató de defenderse.

Estaba abatido, consternado, sin ánimos y sin valor.

Además su pensamiento estaba muy lejos.

Veía constantemente la escena horrible de Marignac, veía á Benedetta, su víctima, acostada sobre el blanco lienzo, menos blanco que su rostro dormido con la serena tranquilidad de la muerte.

Comprendía la inutilidad de todos sus esfuerzos.

¿Con qué armas oponerse á aquellos enemigos triunfantes?

¿Con el oro?

Le despreciaban.

¿Con la fuerza?

La poseían.

¿Con la corrupción?

¿Y á quién podía corromper en aquel desierto? ¿Dónde y cómo podría encontrar defensores?

La derrota era completa.

La columna volvió á ponerse en cami-

no en el mismo orden en que había llegado á Caubous.

Desfilaba muy de prisa en medio de un profundo silencio.

El viejo Mosés, atado como su hijo, no podía hacer ningún movimiento; con los ojos vendados, comprendía únicamente que subían, subían siempre.

Las violentas sacudidas del caballo le indicaban los continuos esfuerzos que hacía para marchar por senderos abruptos.

De cuando en cuando se separaban bajo las herraduras trozos de piedra, que rodaban con estrépito al fondo de algún barranco.

¿Dónde iban?

¿Qué pensaban hacer de él y su hijo, aquellos hombres cuya firmeza era tan implacable como fría?

¿Qué suplicio les aguardaba?

No tardaron en saberlo.

Después de una media hora de marcha, ó mejor dicho, de una carrera precipitada, la columna se detuvo.

El viejo Mosés reconoció la voz de Pedro Dantenac, que decía á sus compañeros:

—Aquí es.

Sintió que le quitaban la venda y le depositaban en el suelo.

Entonces se vió deslumbrado por una luz argentina que iluminaba un horizonte de nubes en el que se destacaba como una isla la meseta de rocas donde se encontraba con sus compañeros de marcha.

Hé aquí lo que vió.

Dos hombres alumbraban la escena con antorchas impregnadas de resina, semejantes á las que llevaban los mozos en las fiestas de Luchón.

Otros tres levantaban del caballo que le había conducido á su hijo Jacobo, y le dejaban en el suelo á algunos pasos de él.

La montañesa se acercó á ellos y les dijo como si recitara un versículo de la Biblia.

—El que á hierro mata, á hierro muere. ¡Vosotros habeis matado, vais á morir!

Se alejó y se puso de rodillas sobre la cúspide de una roca, de tal modo, que su silueta amenazadora se destacaba de un modo extraño en el horizonte, sobre el fondo claro de la bruma.

Por el sitio donde se extiende el valle de Lis, la tempestad se iba formando, dejando oír sordos truenos que retumbaban, repetidos por el eco entre aquellas montañas, mientras que fugaces relámpagos desgarraban las pesadas nubes, de un negro sombrío.

Pero sobre el Antenac, la luna brillaba en el fondo del cielo, mezclando sus blancas claridades con la luz rojiza de las antorchas.

Pedro Dantenac se acercó á Jacobo Mosés y le dijo con voz firme:

—Tu fin está próximo. Si tienes alguna recomendación que hacer para los tuyos, habla.

Jacobo Mosés se encerró en un silencio siniestro.

Pero el padre, que lo había oído, exclamó:

—No... es imposible... ¡Eso sería un asesinato!...

Pedro Dantenac dijo:

—No es un asesinato, es una ejecución.

El viejo prosiguió:

—Esto es horrible... ¿No es más que una prueba, verdad?

Dantena: no le contestó.

Se volvió de nuevo al hijo, preguntando:

—¿Estás dispuesto?

—¡Toda mi fortuna por su vida!—suplicó el padre.—¡Millones para todos!.. ¡Os daré tanto oro como queráis! ¿Oís?..

Pedro Dantenac ni siquiera le miró, y siguió diciendo á Jacobo:

—¡Me has ultrajado! Hubiera podido matarte, y te perdoné. Te ofrecí un combate leal, y lo rehusaste. Herido por tí cobardemente, pagaste á un hombre para que me asesinara. ¡Ya no cometerás más crímenes!

Hizo una señal con la mano.

Los tres hombres se acercaron al condenado, que con un esfuerzo sobrehumano trató de desembarazarse de sus ligaduras.

Las cuerdas que le sujetaban se rompieron.

Transcurrió un minuto de emoción inmensa: se entabló una lucha horrible.

Pero los músculos del herrero y el marmolista eran más sólidos que cables de acero.

El viejo Mosés, con los cabellos erizados, los vió que se acercaban al borde de la meseta, vió como balanceaban un momento á su víctima, y por último le precipitaron en el vacío.

Un grito estridente, de suprema agonía, un grito desesperado, desgarró el silencio de aquel desierto, y eso fué todo.

El viejo Mosés había cerrado los ojos.

Cuando los abrió vió en la punta de la roca donde había estado arrodillado á la anciana de Caubous, de pie, con la mano extendida, y en aquella mano un gran crucifijo que inclinaba hacia el abismo donde el condenado acababa de desaparecer.

Dantenac se dirigió al padre.

—El mismo fin le aguardaba á usted—dijo;—pero alguien, al expresar su última voluntad, ha solicitado el perdón.

—¿Quién?

—Su víctima.

—¡Benedetta!

—Sí, la pobre niña no sabía odiar.

—Y añadió señalando á Rabastoul y Barrousse:

—Estos la amaban; no querían perdonar, y sin duda tienen razón. Sin embargo, yo le defenderé de ellos con una condición.

—¿Cuál?

—Que firme usted la confesión de sus crímenes y de los de su hijo.

—Es imposible.

—No tiene usted más remedio que ceder.

—¿Por qué?

—Porque todavía tiene usted una hija.

—¡Raquel!

Pedro Dantenac llamó á uno de los que conducían las antorchas y entregó al barón el telegrama expedido en Burdeos.

El telegrama estaba expresado en los mismos términos que el que había recibido Caussedé:

«Raquel se muere y quiere verle.

»ELENA.»

—¡Mi hija!—exclamó el viejo.

—¿La dejará usted morir sin verla?—dijo Pedro Dantenac.

Y añadió:

—Dese usted prisa. ¡Quién sabe si más tarde podré ofrecerle la salvación!

En efecto, Barrousse y Rabastoul murmuraban en voz baja.

Pedro Dantenac sacó una hoja de papel, sobre la que las antorchas arrojaban una luz sangrienta.

—Lea usted—dijo—de prisa.

El viejo Mosés hizo comprender que era inútil. Adelantó una mano temblorosa, diciendo:

—¿Tiene usted pluma?

—Sí.

—Pues démela.

Escribió según le dictaba Pedro Dantenac, por bajo de la confesión preparada para él:

«Esta es mi confesión.

»Está conforme con la verdad.»

Y firmó debajo su nombre, con mano torpe:

«BARÓN ISAAC MOSÉS.»

La carta que Caussedé entregó á Pedro Dantenac en la avenida de la Pique, decía lo siguiente:

«Ya recordará usted nuestro convenio.

»Exijo la vida del padre á cambio de la del hijo.»

Pedro Dantenac pagaba su deuda.

Desató las cuerdas que paralizaban uno de los brazos del prisionero, y puso un cuchillo á su lado, diciendo:

—Está usted libre. Ahora, ¡que Dios le guíe!

Y acercándose á sus compañeros les dijo algunas palabras en voz baja.

El viejo Mosés vió cómo se reunían nuevamente y volviendo atrás emprendían el camino hasta desaparecer ocultos por la niebla.

Entonces se encontró solo, en medio de la noche, frente á frente con lo infinito.

Todo lo que había pasado le producía el efecto de un sueño penoso.

Sin embargo, era la realidad.

De ello no se podía dudar.

Los mugidos de la tempestad, tan espantosa en las montañas, se iban haciendo cada vez más formidables.

Las nubes iban invadiendo poco á poco todo el horizonte y se amontonaban sobre su cabeza.

El barón sentía que un espanto aun mayor que el que acababa de sufrir se apoderaba de él.

No eran solamente los hombres los que se conjuraban para lograr su perdición.

Se conjuraban también las fuerzas de la naturaleza.

Una imperiosa necesidad de huir, de escapar á aquella soledad en que se veía abandonado, se apoderaba de su voluntad, trastornando su cerebro.

Cortó, una tras otra, con mano nerviosa las ligaduras que le sujetaban; se desprendió de los fuertes lazos que le habían tenido paralizado, y se encontró libre, de pie, enfrente de aquella inmensidad que le anonadaba.

Pero se volvía á todas partes y por ninguna encontraba salida.

Dió algunos pasos á derecha é izquierda, y siempre tropezaba con un precipicio insondable, uno de los abismos donde su hijo se había estrellado algunos momentos antes.

Por todas partes se veía cercado de si-

mas, que solo las águilas podían franquear, al revés de lo que ocurre en las fortalezas edificadas por los hombres, que se defienden con elevados muros.

Aquel era un suplicio que no tenía previsto.

De pronto, la luz que le alumbraba se extinguió, como si un soplo gigante la hubiera apagado.

La luna desapareció del horizonte.

Las nubes continuaban amontonándose alrededor de su cabeza en caliginoso torbellino.

Permanecía de pie, inmóvil, sin atreverse á hacer un movimiento y conteniendo hasta la respiración.

El horriso fragor de la tempestad y el sentimiento de su impotencia, hicieron que se arrojara al suelo.

Le parecía oír á su alrededor los pasos de algún ser fantástico, el galope temeroso de una bestia espantada, y un aliento cálido que pasaba sobre su rostro causándole una impresión de horror.

Entreveía en medio de la noche desmesuradas sombras de engendros del espanto, y creyendo distinguir el vuelo de aves de extraña forma, se anudaban en su garganta gritos de loco terror.

Jamás hombre alguno se ha sentido más débil, mas pequeño ni más miserable.

¿Cuánto duró aquella tortura?

El mismo no lo hubiera podido decir.

Sufrimientos semejantes hacen envejecer como muchos años.

Mientras tanto, se disipó la tempestad sin dejar huella.

Apenas si cayeron algunas gotas sobre aquellas empinadas crestas que se perdían en el cielo.

Los estampidos del trueno fueron alejándose por los valles, los relámpagos fueron siendo más y más raros, y hacia el Oriente, por encima de los lejanos picos de los Pirineos españoles, hacia el valle de Azan, una banda roja se fué dibujando en el horizonte, estrecha al principio, pero que poco á poco fué ensanchándose, y bien pronto aparecieron las primeras rosadas tintas de la aurora.

Entonces el viejo Mosés respiró con más libertad.

Empezó á distinguir los objetos á su alrededor.

Los fantasmas se desvanecieron, las rocas y los montes tomaron formas distintas, creyó que iba á ver á los hombres, y con los hombres ya sabía él lo que hacer, ya sabía comprarlos.

La alegría de vivir, cuando se había visto cerca de la muerte, le reanimó.

Sin embargo, ¿qué podía esperar del porvenir?

Su hijo estaba destrozado en el abismo, á dos pasos de él.

Su hija se moría.

Benedetta estaba extendida en su lecho de muerte, donde la había visto al empezar aquella espantosa noche.

Además, para salvar su vida, que le

habían concedido como una gracia, se había visto obligado á poner su honor y su seguridad á merced de enemigos que se vengaban con justicia, pero muy cruelmente.

¿Qué le quedaba?

Únicamente el oro, el oro que él creía tan poderoso y le había hecho traición.

¡Aquello era todo!

Poco á poco el sol se fué remontando en el espacio.

Un espectáculo magnífico se ofreció á los ojos del barón Mosés. Por todas partes, con el resplandor de la aurora, se dibujaban con admirable limpieza los contornos de las montañas.

Desde el Pico de Mediodía hasta Gavarnie, y desde las cimas heladas de la Maladetta hasta las inmensas llanuras de Tarbes y Ossum, sus ojos abrazaban horizontes infinitos bañados por la luz rosada de la mañana.

En toda aquella inmensidad no se distinguía ningún ser humano que pudiera servir de guía al abandonado.

Trató de orientarse y reconocer el terreno. Pero desde el Antenac, los bosques parecían manchas sombrías colocadas en el flanco de las montañas; los pueblos no eran más que puntos en el espacio; los campanarios, invisibles agujas.

El barón consultó su reloj.

Señalaba las seis cuando se decidió á buscar una salida para escapar de aquella extraña prisión.

Pero antes quiso reconocer el sitio que servía de tumba á su hijo.

—No era difícil.

La tierra conservaba aun la huella de los pies de los hombres y de las herraduras de los caballos.

Se fijó en la piedra desde donde la anciana de Caubous presidió la lúgubre escena.

Entonces, inclinándose al borde de la estrecha meseta que habia servido de caldaso á su hijo, tuvo una última y terrible visión.

A ocho ó novecientos pies por debajo de él, en un vasto circo cerrado por todos lados con ásperas y gigantescas murallas, distinguió un objeto informe, pequeño, casi invisible, aplastado sobre un fondo de rocas que parecían ser de mármol blanco.

Por encima de este punto negro, que debía ser el cadáver de su hijo, buitres con el cuello desplumado y repugnante aspecto, mezclados con otras aves de rapiña de menor tamaño, volaban pesadamente, lanzando gritos roncocos y adoptando actitudes amenazadoras.

Los bandidos del aire se disputaban una presa. Iban á pelear para repartirse aquel horrible botín.

El viejo, y entonces sí que podía decirse con justicia que el barón lo era, pues aquella noche habia envejecido más de diez años, sofocó un grito de horror y huyó espantado.

Despreciando el peligro, corrió por todas partes buscando una salida por peli-grosa que fuese; ayudándose con los pies y las manos, hundiendo sus uñas entre las asperezas de las piedras, logró bajar de aquella montaña que habia sido para él un calvario y un suplicio.

Vagó á la ventura durante algunas horas, desandando el camino varias veces, hasta que sobre una ladera cubierta de césped, descubrió un pastor, de pie, con un morral en la espalda y un enorme cayado en la mano.

Esparcidas á su alrededor, pastando tranquilamente, habia unas cuantas ovejas oscuras y de largas lanas.

Aquello era la salvación.

—¿Luchón?—preguntó.

El pastor no comprendió al principio. Se asombraba de ver un forastero tan poco parecido á los que de ordinario se aventuraban por aquel desierto.

El viejo Mosés le hizo comprender con mucho trabajo que se habia perdido y deseaba encontrar el camino.

Entonces el pastor extendió la mano hacia el horizonte lejano, y por caridad le condujo hasta una especie de senda, por la que al fin, extenuado, con la ropa hecha jirones, llegó hasta un pequeño pueblo que sólo contaba con una docena de casas agrupadas alrededor de su pobre iglesia.

Era la aldea de Oueil.

Lo primero que distinguió el barón fué



un carruaje parado en medio del camino.

Al lado de aquel carruaje había un hombre alto y fornido que, al ver al barón, exclamó con inequívocas muestras de alegría:

—¡Ah, señor! ¡Por fin he conseguido encontrarle!

Pedro Dantenac, al pasar por Luchón, muy de madrugada, dejó escritas dos palabras á su aliado, el marqués de Caus-sédé.

Le decía:

«El hijo ha sido ejecutado; el padre abandonado sobre el Antenac.

»Vive gracias á usted. He cumplido mi promesa.»

Al empezar el día, el marqués, gozoso, saboreando, por fin, su satisfecia venganza, marchaba para Burdeos, dejando á Lagrippe el encargo de buscar al barón.

También Lagrippe triunfaba con el triunfo del bearnés.

En lo sucesivo el barón no podía ser más que un juguete en manos del normando, y éste comprendía al fin las palabras de Caus-sédé.

—Usted quiere la fortuna; fiése usted en mí y le conduciré á ella por el camino más seguro.

El carruaje en que Próspero había salido á buscar al barón, se dirigió á Luchón lentamente por un camino de herradura, que de ordinario no era frecuentado más que por peatones, á causa de su aspereza.

Recostado en un rincón, cara á cara con sus pensamientos, el viejo Mosés estaba verdaderamente aplanado.

Napoleón, en su retirada de Rusia ó en su huida de Waterló, debía entregarse á reflexiones tan amargas.

En pocos momentos Lagrippe refirió á su amo la historia que habían convenido entre él y Caus-sédé.

Por la mañana Arros había llegado, y eso era verdad, anunciándole en confianza el asalto de los álamos de Gaud.

Entonces se había aconsejado del marqués de Caus-sédé, el amigo de la casa, el más seguro y afecto, y el bearnés, á pesar de su inteligencia, nada hubiera podido hacer, á no ser por el aviso de un desconocido que en aquel mismo momento llegó diciendo que el barón Mosés estaba perdido por las cumbres del Antenac.

La esquila en que lo anunciaban no decía nada más.

El marqués había dispuesto que Lagrippe fuera á la aldea de Oueil á toda prisa con orden de hacer registrar toda la montaña con gente del país.

El se había marchado en seguida á Burdeos, para reunirse con su querida enferma.

Así se explicaba todo.

El normando hizo resaltar hábilmente la fidelidad del bearnés.

Sin embargo, el barón Mosés se veía asaltado por mortificantes dudas.